

Immanuel WALLERSTEIN. *The Modern World-System III. The Second Era of Great Expansion of the Capitalist World-Economy, 1730-1840s.* San Diego. Academic Press, 1989.

El pasado mes de mayo se han editado en castellano tres ensayos de Wallerstein, agrupados bajo el sugerente título *El futuro de la civilización capitalista*. Por contra otros trabajos del autor respecto al pasado de dicha civilización han corrido peor suerte. Me refiero al Volumen III de *The Modern World-System*, que de forma sorprendente ni ha sido traducido ni apenas se ha difundido en España en su versión original. ¿Aún no se han curado las heridas abiertas por el debate entre marxistas “neo-ricardianos” y “neo-smithianos”, que enfrentó en los años 70 a Laclau con Frank, y a Brenner con Wallerstein? Argumentaré aquí que aquella vieja polémica escondía ciertos malentendidos de naturaleza epistemológica. Y que este Volumen III presenta un doble interés: viene a renovar debates historiográficos importantes; y pone de relieve ciertos problemas de la empresa iniciada en 1979.

El autor sigue desarrollando aquí su concepto de “economía-mundo”, superior a cualquier unidad jurídico-política, articulada entre “centro”, “periferia” y “área externa” y con una necesidad interna de expandir sus fronteras. En el capítulo III nos narra la incorporación como periferias de aquellas zonas que habían estado en el área externa desde el S.XVI: el subcontinente indio, el Imperio Otomano, el Imperio Ruso y Africa Occidental. Este proceso implicará que zonas adyacentes, hasta entonces excluidas, se conviertan en área externa: China, el Maghreb, Asia Central, y la sabana del Africa Occidental. El “sistema-mundo” centrado en Europa Occidental comienza ahora a imponerse a todo el globo: a convertirse en “sistema mundial” único.

El estudio de reinos africanos como Dahomey y Ashanti, intermediarios en el tráfico de esclavos con los europeos, arroja luz sobre las especificidades de las áreas externas en cuanto a la naturaleza del comercio y al papel del estado. Un punto central, la interferencia del conocimiento de las condiciones reales de mercado, se apoya en una doble separación: entre producción de uso y recolección de bienes para el comercio externo; entre la organización comercial y la organización militar del reino. Separación esta última que se desarrolla en el plano institucional, a través del monopolio mercantil del rey; y en el plano espacial, centralizando los intercambios en “puertos de comercio”.

El análisis sociohistórico se confiesa también tributario de la antropología, en particular de la obra pionera de Karl Polanyi (padre de la economía

sustantiva). Es lástima que no utilice los estudios de Bohannan sobre los tiv de Nigeria, que le habrían aportado una teorización interesante sobre la articulación interna de cada una de estas economías en “esferas independientes”. Menos comprensible resulta el que olvide el clásico *Europe and the People without History*, editado en 1982. Su autor, Eric Wolf, que rinde en la introducción un cálido homenaje a Wallerstein, parte de la hipótesis de que “la historia de estos pueblos supuestamente sin historia no es otra cosa que una parte de la historia de la expansión europea”. El análisis por Wolf del comercio de esclavos en Africa, se enriquece con el de otro proceso paralelo de periferialización (que Wallerstein sólo aborda de forma tangencial en el Capítulo IV de su libro): el generado por el comercio de pieles entre las poblaciones amerindias y las colonias francesas e inglesas de Norteamérica. El recurso a Wolf permite además fundamentar la hipótesis de que los europeos vencieron las dificultades iniciales para penetrar comercialmente en las áreas externas, recurriendo a lo que siguen siendo hoy en día las dos actividades más lucrativas del comercio mundial: armas de fuego y drogas psicoactivas (opio en Asia, alcohol y tabaco en Africa y América).

La incorporación y posterior periferialización de un área externa, nos dice Wallerstein, implica que algunos de los procesos de producción significativos se convierten en parte integral de la división del trabajo en la economía-mundo, proporcionando materias primas y mano de obra: cereales y fibras textiles (Imperios Otomano y Ruso), fibras textiles y opio (de la India) para comerciar con China, mano de obra (Africa occidental) para las plantaciones americanas.

Esta transformación responderá a los esfuerzos para maximizar la acumulación de capital de quienes controlan esos procesos de producción. La acumulación de esclavos en manos de las élites indígenas les permite, en Africa como en Norteamérica, implicarse de forma más directa en la producción de bienes para el comercio mundial. Y la coerción acaba por trasladarse parcialmente a la mano de obra local “libre”, que en principio no estaba dispuesta a trabajar para una producción comercial mucho más insegura y peor remunerada que la de subsistencia. La periferialización implica además la destrucción de las actividades manufactureras locales, y no sólo mediante la competencia en el mercado. Resulta esclarecedor el ejemplo de la deliberada desindustrialización del subcontinente indio, prohibiendo exportaciones, o arrasando fiscal o incluso físicamente la misma producción: una política británica que acabó con industrias competitivas como la textil, naval, o del vidrio.

El proceso de incorporación y periferalización implica así la transformación de las instituciones sociales y políticas indígenas. El acceso a bienes europeos, sobre todo armas, genera el fortalecimiento de ciertos reinos o jefaturas que se erigen en intermediarios, y a cambio proporcionan una infraestructura institucional y de seguridad para el comercio. Pero a medio plazo, las instituciones locales se debilitan, conforme las firmas comerciales asumen un control directo sobre el tráfico o la misma producción.

Todo lo expuesto hasta aquí nos lleva a una primera conclusión: la necesidad de repensar la hegemonía alcanzada por ciertos estados europeos, en el tránsito a la edad contemporánea. El paradigma historiográfico dominante (revolución agraria/industrial/burguesa en la formulación clásica de Hobsbawm) ha buscado “causas internas”: transformaciones en los medios de producción, en las relaciones de clase y en la estructura del estado. Una fascinación por el mercado y el estado que procede en última instancia de la Ilustración. El fundador de la economía política inglesa, Adam Smith, en sus *Lectures on Jurisprudence*, buscó las causas generales del progreso humano en la capacidad de ciertas sociedades de orientar sus actividades productivas según criterios de racionalidad más perfeccionados. Mientras que Hegel, en sus etnocéntricas *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal*, vio el estado moderno (europeo), como la consagración de la Razón. Este conjunto de ideas han impregnado desde sus orígenes tanto el pensamiento liberal como el marxista: recuérdese si no los dos “desconcertantes” artículos sobre “La Dominación Británica en la India” escritos por Marx, donde la debacle que entonces vivía el subcontinente indio se dejaba de lado en favor de las loas a una superioridad británica basada en el vapor y en la fábrica. Por contra el ejercicio de una cierta violencia parece ser clave central de la expansión occidental en ultramar, y no sólo de su “fase primitiva” (ejemplificada en la expansión holandesa en el Océano Indico): Wallerstein cita (pág. 33) a Briavoinne, que en 1839 achacaba la ventaja occidental a “*armas de fuego, el compás [de navegación], y la prensa*”. Parafraseando a Norbert Elias en su *The Civilizing Process*, no se trata tanto de una superioridad en los medios de producción, como en los medios de coerción.

Wallerstein dedica entonces los Capítulos I y II de esta obra a analizar las transformaciones en el “centro”, dando primacía a las relaciones que éste mantenía con el resto del sistema mundial. “*La «ventaja» británica es una constelación de rasgos absolutos, en tanto que lo que precisamos localizar es una constelación de posiciones que son relacionales en el marco de la economía mundial. Es la economía mundial la que se desarrolla en el tiempo, no subunidades dentro de ella. La cuestión no es por qué Gran Bretaña distanció a Francia o a cualquier otro país [...] sino por qué la economía mundial en su conjunto se desarrolló*

de tal forma [...] que resultó en una mayor concentración de las actividades económicas más lucrativas dentro de determinadas fronteras estatales” (pág. 33). Y afirma, en la línea de sociólogos como C. Tilly (véase su *Grandes estructuras, procesos amplios, comparaciones enormes*): “la llamada revolución industrial debería ser reconceptualizada como la reurbanización y reconcentración de las industrias líderes junto con un esfuerzo para incrementar la escala. Por definición esto podía desarrollarse sólo en una o dos zonas” (pág. 78).

Wallerstein rechaza como explicación del éxito británico el “mito libre-cambista”: Gran Bretaña y Francia siguieron en el S.XVIII similares políticas proteccionistas, restringiendo el acceso a su mercado interior e imperio colonial. “Gran Bretaña estaba perdiendo la competición con Francia en el continente, y compensándolo mediante una mejora de su posición relativa en ultramar” (pág. 70-71) allá donde los mercados experimentaban una mayor expansión. El libre-cambismo efecto más que causa: “Hegemonía [...] es un estado en el que los poderes dominantes no temen a la competencia económica de otros estados del centro. Esto tiende a favorecer una apertura máxima a la economía-mundo” (pág. 200).

Wallerstein se opone a un lugar común en cierta historiografía, que “los capitalistas por definición favorecen el libre comercio y un rol mínimo del estado” (pág. 98). Por contra, la clave de la ventaja británica estaría en la solidez de su maquinaria estatal, actuando en favor de la economía nacional. “Gran Bretaña creó políticamente, a veces militarmente, su propia coyuntura. Fueron esas victorias político-militares las que incrementaron de forma crítica sus ventajas económicas” (pág. 112-113), en especial tras el Tratado de París en 1763. Incluyendo entre esas ventajas la capacidad para mantener el equilibrio presupuestario: mientras la deuda francesa remontaba espectacularmente, la deuda británica se enjugaría entre 1783-1793 gracias a las transferencias de capital derivadas de la anexión de Bengala.

Finalmente, también en el Capítulo II, el autor se enfrenta al debate sobre la revolución francesa manifestando su insatisfacción con el concepto de revolución burguesa. “La centralidad de la Revolución francesa es consecuencia de la centralidad de la contienda franco-británica por la hegemonía en la economía mundial” (pág. 94). No sería correcto leerla como la “obra de una burguesía que tenía necesidad estructural de ella para satisfacer sus propios intereses” (pág. 101). Con el Tratado Comercial Anglo-Francés de 1786, “el estado francés parecía estar optando [...] por una desindustrialización parcial que serviría los intereses de ciertos empresarios agrícolas pero comprometería los intereses de las clases manufactureras. Las «reformas» parecían similares a aquellas defendidas por el Fondo Monetario Internacional en el S.XX para gobiernos endeudados que

*experimentaban dificultades en sus balanzas de pagos” (pág. 90). La Revolución Francesa “constituyó un intento relativamente consciente, por parte de un grupo diversificado perteneciente a los estratos capitalistas dominantes, de imponer reformas urgentes en el estado francés, a la luz del estatus hegemónico que estaba adquiriendo Gran Bretaña en la economía mundial. Las reformas continuaron bajo Napoleón, pero no consiguieron frenar la hegemonía británica. Por contra el proceso revolucionario francés quizás incrementó esta hegemonía [...] creó las circunstancias para una ruptura del orden público suficiente para dar lugar al primer movimiento significativo anti-sistema (es decir, anticapitalista) en la historia del moderno sistema mundial” (pág. 111). La ventaja comparativa de Gran Bretaña a este respecto residiría en su capacidad para mantener el orden público, mediante sistemas más eficaces de coerción, la construcción de una “identidad nacional”, y la canalización de los conflictos internos hacia un sistema político formal.*

Llegados aquí es momento de repensar el viejo debate entre “produccionistas” y “circulacionistas”. Recordemos, los “produccionistas” partían de una definición más estricta de capitalismo, como modo de producción enfocada al beneficio y basada en el trabajo asalariado; y retrasaban la expansión capitalista a la fase final del S.XVIII. Wallerstein en cambio está interesado en estudiar la acumulación de capital vía intercambio para conseguir beneficios. Eso le permite suavizar el gran corte entre capitalismo mercantil y capitalismo industrial, enfatizando la continuidad entre las formas de organización del trabajo a pequeña y gran escala; y considerando el proteccionismo de las políticas mercantilistas como inherente al capitalismo. Pues bien, si ampliamos el campo de estudio al periodo comprendido entre finales del S.XV y la actualidad, las diferencias entre capitalismo industrial y mercantil se difuminan un poco. La producción centralizada y salarizada (basada en la gran explotación o la fábrica) y la producción descentralizada (pequeña explotación o producción a domicilio) son dos formas de organización del trabajo que se combinan de forma variable a lo largo de los S.XIX-XX, y no está claro que la primera haya predominado nunca ni mucho menos que lo vaya a hacer en el futuro. En cuanto a la caracterización del capitalismo como librecambista, con anterioridad a la 2ª Guerra Mundial, la definición apenas es aplicable para Gran Bretaña; para el resto de los países centrales, nos encontramos apenas con dos breves interludios librecambistas (1860-80 y los años 20 de este siglo) en medio de un océano proteccionista.

Una objeción que nos parece más seria es la de que *El Moderno Sistema Mundial* cae en un cierto funcionalismo, (riesgo por otro lado que acecha a todas las explicaciones globalizadoras, como nos recuerda C. Tilly). Es decir, que la diversidad de procesos de cambio locales se tienden a explicar como

resultado de las presiones del centro del sistema. Ya vimos cómo en el Capítulo II Wallerstein se arriesga a casi reducir la revolución francesa a epifenómeno del Tratado Comercial de 1786. Pero de forma más general, la definición rígida de zonas, caracterizadas como centro, periferia o área externa, lleva a describir respuestas homogéneas dentro de cada zona, más que a buscar las especificidades y los comportamientos heterogéneos. Volvamos al caso de Africa Occidental. El autor nos ejemplificaba en el reino Ashanti cómo el tráfico de esclavos conducía a procesos de centralización estatal (lo cual además presentaba similitudes lejanas con los Imperios Ruso y Otomano). Pero el caso es que desde el primer momento del impacto europeo, se desarrollaron otras respuestas alternativas. Por ejemplo, la transformación de ciertos patrilinajes organizados según el parentesco en organismos comerciales capitaneados por empresarios agresivos: las “casas-canoa” del Delta del Níger, que presentan curiosas similitudes con los iroqueses de América del Norte, especializados en el comercio de pieles. Mientras, paralelamente, se producía la desmembración del reino africano de El Kongo en un conjunto de jefaturas guerreras (caso que nos recuerda a la India mogol).

¿Acaso provienen estas insuficiencias de Wallerstein de la elección de su objeto de estudio, un sistema “mundial”? Los objetos de análisis complejos presentan una especial dificultad para construir modelos que den cuenta de todas las variables: *“Conforme especificamos más y más un resultado particular, necesitamos crecientemente incluir factores específicos, muchos de los cuales son inevitablemente coyunturales [en sentido braudeliano], más que estructurales”* (pág. 195-196). Pero la elaboración de modelos presenta este problema independientemente de la escala que elijamos. El historiador Bernard Lepetit, en su artículo “De l'échelle en histoire”, parecía apuntar en una dirección más correcta: argumentaba que la distinción entre niveles micro y macro implicaba diferencias no comensurables en los cuadros de referencia, en los sujetos pertinentes, en las formas de solidaridad entre los actores. El problema de realizar trabajos de síntesis “global” como el que nos ocupa es que el autor debe apoyarse en estudios hechos previamente a escalas más pequeñas, que poseen otros marcos de referencia, aunque sólo sea porque se enmarcan en disciplinas distintas.

El problema no se circunscribe a las ciencias sociales. En disciplinas tan aparentemente alejadas como la física, también las diversas escalas suponen diferentes niveles de aproximación a la realidad: cuando descendemos a la escala subatómica, o cuando nos retrotraemos al “big bang”, las leyes de la materia parecen modificarse, y la física clásica pierde su validez explicativa. Pero, como han insistido ciertos filósofos de la ciencia, la materia debe tener ciertas propiedades unificadas independientemente de la escala que adopte-

mos, y tiene que ser posible formular una teoría eficaz a todos los niveles. Pues bien, lo mismo cabría decir respecto al análisis de la sociedad. En vez de apuntar a mecanismos causales eficaces a escalas diferentes, algo a lo que nos aboca la división disciplinar, es preciso buscar una teoría unificada que explique la diversidad de resultados por la combinación de procesos que tienen lugar unos en las situaciones regionales o locales, y otros en el sistema como un todo. Braudel lo intentó (y sufrió un relativo fracaso) en su *Civilización material, economía y capitalismo*, cuando concibió cada momento histórico como combinación de varios tiempos, cada uno de los cuales se desarrolla según su propio ritmo y escala espacial. Wallerstein, en tanto que continuador de la empresa braudeliana, parecía haber optado en este Volumen III por infundir claridad al modelo, a costa de caer en un cierto reduccionismo.

¿Era nuestro autor consciente del riesgo? ¿O acaso la nueva dinámica histórica que acompañó a la “caída del muro” contribuyó a dirigir su atención hacia nuevas direcciones? El caso es que la edición del Volumen IV de la tetralogía se ha aplazado por el momento, en favor de la dirección de un trabajo de equipo, y de la redacción de un conjunto de artículos dirigidos a la reflexión teórica. En el primero de los ensayos contenidos en *El futuro de la civilización capitalista*, Wallerstein hace un esfuerzo incipiente por importar a la ciencia social el vocabulario y los paradigmas de la física teórica, en la línea de Prigogine: “inestabilidad”, “fluctuaciones”, “desorden”... ¡Y nada menos que con la intención de realizar predicciones sobre el futuro! La empresa es difícil, pero ¿qué aliciente tiene la vida que carezca de riesgo?

José María CARDESÍN